

Mi exilio dorado

Marco Fajardo¹

Resumen

¿Cómo fue para el hijo de un guerrillero colombiano y una exiliada chilena criarse en la República Democrática Alemana en los 70? ¿Cuáles fueron sus impresiones al llegar al Chile de la transición de los 90, con Pinochet omnipresente? Estas cuestiones aborda el libro "Mi exilio dorado" del periodista y escritor Marco Fajardo (Editorial Lom, 2021).

En su libro, el autor hace un análisis simbólico de hechos como el bombardeo del palacio presidencial el día del golpe militar y el uso del Estadio Nacional de Santiago como campo de concentración, pero también del Chile pos dictadura y su compleja relación con la herencia política y económica de la dictadura del general Augusto Pinochet (1973-1990).

"¿Soy chileno? Según Sol, soy alemán, porque nací en Alemania. Sin embargo, en Alemania jamás me considerarían alemán. (...) Aunque ahora tengo un pasaporte chileno y uno colombiano, sigo sintiendo que en el fondo sigo siendo un apátrida y moriré apátrida", dice el libro.

Fajardo además aborda el exilio como tema tabú, no sólo en la sociedad, sino en las propias familias, y del desconocimiento en torno al exilio, como cuando "mi abuela le dijo a mi madre que, gracias a Pinochet, habíamos aprendido un idioma".

¹ Licenciado en Periodismo por la Universidad de Santiago de Chile en 2000. Trabajo gráfico en diversos medios de comunicación. Libros publicados: "Contra Bachelet y otros", "Postales", "Los inquilinos", "Juan sin Tierra" y "Mi exilio dorado", ONG Hijos e Hijas del Exilio Chile.

Mi exilio dorado

Esta ponencia versa sobre mi libro “Mi exilio dorado”, publicado en Chile por la editorial LOM en 2021. El texto es un ensayo autobiográfico sobre el exilio, como hijo del exilio que soy, nacido en la desaparecida República Democrática Alemana (RDA) en 1976, con una contratapa escrita por el recientemente fallecido escritor chileno Omar Saavedra Santis. Fue presentado en el Museo de la Memoria de Santiago, ante unas 50 personas, por el propio Saavedra y el escritor y editor Galo Ghigliotto.

El libro es producto de un largo proceso de sanación. Fui víctima de las violaciones a los derechos humanos ocurridas a partir del golpe militar de 1973 en Chile, pero me costó mucho tiempo asumir esa condición, la misma que afectó a mi padre, a mi madre y a mi hermana.

Mis padres salieron de Chile como refugiados tras el golpe. Mi padre es colombiano y había llegado como refugiado político durante el tiempo de la Unidad Popular. En Colombia fue guerrillero y abandonó el país cuando sus camaradas empezaron a matarse entre ellos. Mi madre, licenciada en Trabajo Social y originaria del norte de Chile, lo conoció en Santiago y se casaron. Mi padre empezó a estudiar Agronomía en marzo de 1973. Vivía en Peñaflor, en las afueras de Santiago. Mi madre nunca había militado siquiera, aunque presumo que era una mujer de izquierdas. Era la “oveja negra” en una familia mayormente de derecha, de provincia.

Ellos se asilan en la embajada de México, con lo puesto. Pierden todas sus pertenencias a partir de este hecho. Él tenía 29 años, mi madre 24. Se exilian primero en México, pero abandonan ese país porque mi padre no recibe asilo en el país azteca. Entonces se van a Alemania Oriental. Allí nacimos mi hermana y yo. Fuimos al jardín y los primeros años de primaria, en una cultura totalmente ajena a nuestros padres y nuestra cultura. Nos fuimos a Colombia en 1985, donde mis padres se divorciaron y mi padre prácticamente nos abandonó. Con mi madre y mi hermana llegamos a Santiago de Chile en 1990, cuando terminó la dictadura. Mi madre tenía una nueva pareja.

Al llegar a Chile, yo tenía 14 años. En Alemania me había criado en una comunidad de exiliados en la ciudad de Dresde, donde nació. Crecí con la historia de Allende, el golpe y el terrorismo de Estado. Llorando el golpe del 11 de septiembre y celebrando la independencia del 18 de septiembre, con nostalgia de la cordillera, el vino y la empanada. Crecí con la imagen de un pueblo que luchaba contra la dictadura, pero al llegar a Chile vi que lamentablemente a Pinochet mucha gente lo apoyaba, inclusive gente de mi familia. Hoy creo que Allende representa algo de los chilenos, pero Pinochet también.

Una vez en Chile, terminé la secundaria y estudié Periodismo. Me licencié en la Universidad de Santiago. Nunca me adapté en Chile y siempre tuve problemas para relacionarme con los chilenos. De hecho, nunca supe con certeza si yo era chileno. Tampoco me gusta su selección. Fui apátrida hasta los 9 años, cuando obtuve la nacionalidad colombiana. Me hice chileno recién a los 16 años. Siempre me sentí diferente. Todo esto lo cuento en el libro, que es una reflexión sobre mi historia. Mi padre, como había sido guerrillero, me educó en el silencio. Su militancia era un secreto que yo no podía revelar a nadie. Eso me pesó mucho. Él me dijo que si alguien se enteraba, lo podían asesinar. Me educó en la desconfianza, sobre todo a partir de nuestra vida en Colombia, un país de por sí peligroso, donde su grupo seguía existiendo, aunque, hasta donde yo sé, él nunca volvió a militar.

Ese silencio me siguió acompañando en Chile. No hablaba con nadie de mi historia, excepto con gente de mucha confianza. Cuando desconocidos me preguntaban qué hacía mi padre en Alemania, les decía que había ido a estudiar, una verdad parcial, ya que efectivamente estudió y se tituló como técnico en Alemania.

La situación era tal que el tema del exilio ni siquiera se hablaba dentro de nuestra familia, que además es mayormente de derecha, algo que sigue hasta hoy. Ahora, a los 46 años, sé que silenciar un tema que es central en mi identidad, como es el exilio, me hizo mucho daño. Guardando las distancias, es como ocultar que uno es gay.

A pesar de las cosas que me tocó vivir, nunca hice terapia, hasta que me emparejé con la madre de mis hijos, una chilena, Sandra. Yo decía que era absurdo pagar a alguien para que me escuchara, hasta que me dio un ataque de pánico. Yo cargaba con muchos dolores. Escuchaba una canción de Víctor Jara y me ponía a llorar. Eso no era normal. Sandra me convenció de ir al sicólogo. Yo estaba transmitiendo esos dolores a nuestros hijos.

Tuve primero una terapeuta privada y luego una gratuita, Claudia, por cuenta de un programa estatal para víctimas de violaciones a los derechos humanos en Chile, con la cual pude abordar el tema del exilio de forma definitiva. Claudia me ayudó mucho. De hecho la nombro en el libro. Gracias a ella pude empezar a hablar, primero, y escribir, después. El momento para escribir este texto lo encontré en la pandemia, cuando el encierro me permitió abocarme a la escritura.

En el libro cuento muchas historias relacionadas al golpe. Historias de horror, de supervivencia. También abordo el daño que, a mi juicio, causó a Chile la dictadura militar. Alguien me dijo alguna vez que el golpe, tan sangriento, fue el principio de una especie de lobotomía al país de mi madre. Una situación que generó situaciones anormales, sicóticas, enfermas, como utilizar el principal estadio de fútbol como campo de concentración y luego, hasta hoy, como lugar de juego y vitoreo de la selección.

Un daño que sufrí afloró con la represión que viví durante el estallido social de octubre de 2019, en el lugar donde vivía, la Villa Olímpica.

Este libro ha sido un proceso de liberación. Un proceso que me ha permitido militar en un grupo de Hijos del Exilio, primero, en Chile, y luego en Argentina.

Que “Mi exilio dorado” quede como un testimonio de como vivimos la segunda generación el terrorismo de Estado y sus consecuencias, con dolores que persisten hasta hoy.

LA HUELLA:

CATARSIS CREATIVA DE UN HIJO DE EXILIADO Iván Rovetta

1. Introducción

En abril de 2021 edité de forma independiente La huella (y otros relatos), mi primer libro. La decisión de invertir y arriesgar en el formato de la auto edición no nace solamente del interés

por dar a conocer mi obra o construir poco a poco un curriculum vitae como escritor, sino que incluye además una necesidad visceral por comunicar algo. Sabía que tarde o temprano tenía que publicar La huella: era casi una deuda conmigo mismo.

Casi cinco años antes, a mediados de 2016, en un momento de importantes cambios personales, regresé a Madrid tras una estancia de dos meses en Montevideo y con un concepto rondándome en la cabeza. Tenía un título, ‘La Huella’, un conjunto de imágenes y una ambientación emocional muy claras. A partir de ahí la construcción de la historia salió sola.

El relato sigue los pasos de Sergio, un joven montevidiano que regresa a su ciudad tras siete años viviendo en Madrid. Aunque nacido en Uruguay, es hijo del exilio y su madre pasó por la cárcel y un centro clandestino de detención. Tratando de sanar un trauma heredado y el dolor por la pérdida de Gabita, su hermana menor, Sergio explora el impacto del terrorismo de Estado o la propia idiosincrasia uruguaya para entenderse a sí mismo. En su camino le siguen tres cabras negras que le observan silenciosas.

La huella no pretendió en ningún momento ser un ensayo sobre la transmisión del trauma ni hacer universal un sentimiento subjetivo del exilio de segunda generación. Es una obra puramente personal, en la que agarré toda una serie de hechos que sucedieron o estuvieron a punto de suceder y los cambié de orden y lugar para crear una historia de ficción. Sin embargo el interés que poco a poco despierta está precisamente en el eco que otras personas sienten con respecto a las vivencias del personaje, y ése es el factor comunicativo que me parece maravilloso. En el relato se vuelcan mis propias heridas y contradicciones sobre el desarraigo, la identidad rioplatense, la grieta emocional del terrorismo de Estado, la salud mental, la construcción de la masculinidad, etc. Repito: mis heridas y mis contradicciones. No tengo en esta presentación fuentes ni teorías para justificar vivencias personales. Puedo tan sólo compartir lo que hay quizás de colectivo en el proceso creativo de La Huella.

2. El contexto personal

Nací en Madrid en el año 1990. Viví en Pekín hasta 1995, año en que mis padres se instalan definitivamente en un pueblo de Madrid provincia. Para entonces ya conocía Montevideo y había visitado allí a mi familia. Con cinco o seis años podría haber llamado ‘hogar’ a lugares de tres continentes. Crecí en Madrid pero con suficientes estancias en Uruguay como para conocer bien y sentirme parte de las dos orillas. Mucho más teniendo en cuenta la historia familiar.

Mi abuelo, Vicente Rovetta, tenía una librería y editorial llamada Nativa Libros en la calle Uruguay, en Montevideo. Tenía también una sección en Buenos Aires, por lo que eran frecuentes

sus viajes a la capital vecina. Editaba a diversos teóricos marxistas leninistas, desde el propio Marx hasta el Ché Guevara, pasando por figuras como Enver Hoxha. Él mismo escribió y publicó varios libros. No obstante, el tema en que estaba especializada la librería era China. Evidentemente era una especialización mayoritariamente política, y mi abuelo fue invitado en dos ocasiones a China en la década del 60, donde visitó comunas populares y fue en una ocasión recibido brevemente por Mao Zedong. Aún así, más allá de este aspecto, también se importaban materiales acerca de cultura china (cuentos, filosofía, medicina tradicional, arte, etc). Nativa Libros se convirtió en la distribuidora de material chino de referencia en el Cono Sur. Y es por ello que, ya antes del golpe de Estado de 1973, la librería sufrió dos atentados: una noche fue ametrallada y más adelante explotó una bomba.

En el momento del golpe mi abuelo se encontraba trabajando en Buenos Aires, y allí se quedó. Poco después le siguió el resto de la familia (al igual que tantos uruguayos que se exiliaron antes que nada en Argentina). Mi tía mayor, Brenda, decidió quedarse en Montevideo, donde terminó pasando por un centro clandestino de detención y siete años en Punta Rieles, la que fue prisión femenina durante la dictadura. (Posteriormente se exilió en París con su pareja).

En Argentina mi abuelo fue preso, por lo que sólo quedaban en 'libertad' mi abuela Berta, mi padre Pablo y su hermana menor Laura, quienes lograron esquivar la persecución política durante casi dos años. No tuvieron la misma suerte muchos de sus compañeros del Uruguay, que terminaron siendo desaparecidos en territorio argentino. Mi abuelo fue expulsado del país y terminó en el Perú, donde retomó el contacto con China para solicitar asilo. Así, en junio del 75, y con el apoyo de ACNUR para salir del país, parte de la familia volvió a encontrarse en Pekín durante el último año de vida de Mao Zedong y donde permanecerían más de diez años siendo testigos de todas las convulsiones políticas del gigante asiático, tal y como relata mi padre en su libro Los años setenta en China: Recuerdos de un oriental en Oriente. Fueron, de esta forma, la única familia uruguaya exiliada en la República Popular China. Es en la siguiente década cuando mi padre conoce en la pequeña comunidad extranjera de Pekín a mi madre, madrileña que llegó a esa ciudad por causas ajenas al tema de esta exposición.

De esta manera dos experiencias marcan a mi familia: el trauma del terrorismo de Estado y la vivencia casi inaudita para un occidental de experimentar la realidad de un país que terminaría marcando al mundo y que experimentaron casi como vivir en otro planeta, a modo de Gordon, el astronauta de La nave de los locos que tras volver de la Luna vive obsesionado con esa experiencia que casi nadie más entiende.

Por el lado uruguayo de la familia fuimos cuatro primos, de los cuales tres nacimos en el extranjero (Madrid, Pekín y París), si bien soy el único que no se crió ni vivió en Montevideo.

3. Proceso creativo y estructura de La Huella.

Lo que aquí se va a exponer es un análisis de La Huella una vez terminado el relato. Aclaro esto porque la mayoría de las cosas no están planificadas; no hubo un proceso de sentarse a decidir de qué manera se iba a representar el exilio o la salud mental. Simplemente ordené una serie de imágenes que me iban viniendo a la cabeza sin saber exactamente de donde venían, para construir con ellas una narrativa coherente.

El relato comienza con el regreso de Sergio a Montevideo y después con sus años por Madrid, justo antes de volver. A partir de aquí se alterna el tiempo presente de la narración con la historia de la familia de Sergio y de su propia infancia. El recorrido del personaje desde que aterriza en Montevideo hasta que se libera de su carga y tiene los puntos de conflicto con las cabras es de un año, y va en paralelo a la revelación de su pasado.

Esta estructura culmina con el suicidio de Gabita (principal trauma de la vida de Sergio que se ha venido insinuando durante toda la narración pero que no se explicita hasta el final) y el cierre del proceso de sanación de Sergio. De esta forma hay un crescendo paralelo entre ambas líneas temporales, siendo además que una termina donde comienza la otra.

4. El exilio en La Huella.

La Huella no es un relato acerca del exilio en sí. La experiencia de la familia de Sergio durante la dictadura se cuenta en apenas cuatro páginas. Lo que explora es la secuela a posteriori de dicho trauma, y creo que lo hace a través de cuatro aspectos que considero fundamentales para el personaje:

a) El dolor explícito:

Sergio habla en diversas ocasiones de ‘una herida abierta e ignorada, una herida con lombrices y huevos de mosca’ (pág. 21). Hay un desgarró que persigue al personaje, algo que él llama eso y a lo que no sabe poner nombre hasta que en un afiche en la Facultad de Psicología lee el concepto ‘transmisión trans-generacional del trauma’ (pág. 33).

‘A mí nunca me pusieron una pistola en la sien. Nunca me llevaron en el

piso de una camioneta con una bolsa negra en la cabeza mientras me pateaban. Nunca me interrogaron, ni me violaron, ni me hicieron simulación de ahogamiento, ni me amenazaron con torturar a mi familia, ni tuve que esconderme o huir para salvar mi vida. No busqué a mi hijo o a mi pareja durante años, sin resultados. No viví la Operación Cóndor. ¿Por qué entonces ese dolor, esa cicatriz, ese remover de las entrañas al pensar aquello, esa empatía salvaje que me sacude?’

(Pág. 53)

Sergio se quiebra cuando lee testigos o entra en contacto con historias o archivos de la Operación Cóndor. Le duele, lleva una tristeza y una herida por algo que realmente nunca vivió, y es algo que no termina de comprender. Es precisamente este dolor latente que interfiere en todos los aspectos de su vida esa huella a la que hace referencia el título del relato.

b) Lo relacional:

La infancia de Sergio y Gabita está marcada por la dificultad que afrontan sus padres a la hora de sostenerles en paralelo a la sanación de su propio proceso personal (si es que la hay).

‘[Mamá] Proyectó muchas cosas en nosotros, muchas cosas hermosas, sí, pero también frustraciones, dolor, humillaciones de otros tiempos. Siempre se esforzó por darnos una educación diferente, pero cuando no tenía la entereza necesaria nos gritó, nos insultó, nos castigó aleatoriamente, llegó a pegarnos. Después tomaba conciencia de lo que hacía y lloraba con papá en la cocina. <Seis años presas por querer construir un mundo mejor y ahora termino educando a mis hijos a golpes> decía, y se sentía desolada.’

(Pág. 58)

c) El silencio:

A Sergio y Gabita nunca se les ocultó el pasado, pero tampoco hubo nunca una narración explícita. Simplemente se hablaba de ello de forma normalizada, y crecieron con lagunas en la propia historia familiar. Estas lagunas, por si fuera poco, se rellenan con los diversos testimonios que llegan a sus manos sobre tortura y violencia sexual, lo cual les lleva a evitar ciertas preguntas por miedo a las posibles respuestas.

‘Y hay cosas que no se preguntan, no se preguntan mientras la imaginación crea lo más escabroso, pero no se preguntan por el miedo a que la realidad supere las ideas más macabras (...)

En mi casa se nos crió en un silencio no estipulado, pero sobreentendido desde que Gabita y yo teníamos memoria. Nunca, jamás, nadie se sentó a explicarnos qué fue exactamente lo que pasó, cómo pasó, qué se sintió. Fuimos escuchando fragmentos, comentarios, piezas sueltas desde bien chiquitos, y para cuando tuvimos conciencia suficiente ya sabíamos, como se sabe que el fuego quema o que se mira a ambos lados al cruzar la calle, que mamá y los tíos estuvieron presos (...). Estaba ahí, omnipresente, afectando a cada acto, cada miedo, cada decisión, pero apenas se mencionaba. Era la materia oscura de nuestra familia.’

(Pág. 36)

d) La culpa:

La culpa del superviviente es el elemento que destaca sobre todo en el padre de Sergio y Gabita, quien no pasó por la cárcel y logró exiliarse mientras su pareja y otros seres queridos sufrían la tortura y el encierro. Esta culpa le lleva a una conducta de atención casi obsesiva a los demás y, sobre todo, a no permitirse a sí mismo el disfrute de la vida, privándose de sus aficiones o cayendo en conductas autodestructivas.

Este marco emocional empapa a los dos hermanos durante su crecimiento y estalla en conductas de riesgo durante una adolescencia afectada, además, por el difícil contexto social de los años dos mil en la región. Es desde este lugar que el exilio está presente en todo lo que sucede al protagonista aunque no se narre una historia explícitamente política.

5. Lo identitario en La Huella.

Crecer entre dos países es una experiencia que puede generar desarraigos y conflictos identitarios, sí, pero también tiene muchos aspectos positivos. En mi caso siempre me resultó enriquecedor poder conocer Montevideo y Madrid desde dentro y desde fuera al mismo tiempo: es decir, sin percibir como natural o normal aquello que es cultura. En mi caso conozco y entiendo ambas ciudades, pero no estoy completamente inmerso en ellas en la medida en que las comparo entre sí. Dado que crecí y vivo en Madrid, analizo muchos aspectos del Uruguay con ojos de

extranjero, y lo mismo me sucede con España incluso habiendo pasado la mayor parte de mi vida acá.

En La Huella decidí que Sergio fuera un personaje cien por cien uruguayo. Sus padres sufrieron el exilio y sus consecuencias, como ya hemos visto, pero él y su hermana nacieron ya en el regreso. Sin embargo quería que pudiese ver Montevideo con mis ojos, tenía que recorrer la ciudad con mi mirada. Y, además, la primera imagen clara que tuve del relato fue ese avión aterrizando en el aeropuerto de Carrasco y la ruta en auto hasta la ciudad, que es siempre mi bienvenida al país. Para ello me llevé a Sergio a Madrid durante siete años y comencé el texto como un regreso, un volver a entender su propio lugar con la perspectiva que le dieron los años en Europa.

‘La distancia, la nostalgia y la perspectiva que se me fue dando desde afuera me hizo reconciliarme, poco a poco, con la ciudad y el país que me vieron crecer, esa <ciudad intelectual>, como dijera un amigo cubano, ese rincón del mundo donde aparece un genio de la poesía, de la música, del teatro en cada mesa de bar, en cada ómnibus, en cada baldosín suelto de la vereda. Tardé en comprenderlo, pero Uruguay no es en absoluto un país mediocre. Es, esencialmente, un país acomplejado.’

(Pág. 44)

Esta posición permite a Sergio ser consciente, además, del carácter fundamentalmente melancólico de la sociedad uruguaya; carácter que se refleja en su literatura, gran parte de su música y una manera de ver el mundo que tiene también su influencia en la experiencia del personaje. (No olvidemos que Uruguay es uno de los países con la tasa de suicidio más alta del continente).

‘Gabita y yo pensamos siempre que el país estaba traumatado por la dictadura, sin poder levantar cabeza, porque eso fue lo que vivimos en casa. Pero un día tuvimos una revelación: Onetti era anterior, Gracias por el fuego era anterior, el tango, ese tango que aparte de malevo y sensual es, sobre todo, tristeza y nostalgia, era anterior, muy anterior, y empezamos a pensar que quizás había otra raíces que no alcanzábamos a ver, una idiosincrasia rioplatense que se encuentra cómoda en la melancolía, una configuración radicalmente opuesta a la del caribeño o el andaluz pero que impregna igualmente las maneras de relacionarse, la visión del mundo.’

(Pág. 42)

6. Gabita: la salud mental en La Huella

Sin duda el mayor duelo que arrastra Sergio durante el relato es el suicidio de Gabita, su hermana menor. Ambos pasan la adolescencia en la periferia de Montevideo lidiando con el fallecimiento de su padre y toda la carga emocional que hemos venido comentando. El contexto social es propenso a ese malestar, y los dos hermanos tienen normalizadas las conductas depresivas o la medicación, pues les rodean cotidianamente.

‘Vivimos esos años entre loquios y loquitas entrañables. (...) Los antidepresivos y estabilizadores de ánimo, los estallidos, las conductas autolesivas, los casos de maltrato y violencia doméstica, eran en nuestro mundo algo tan normalizado como el fútbol o el pan con manteca y azúcar. Formábamos un hermoso grupo de gente llena de amor y fuerza para dar al mundo, que llenaba muros grises de colores y abrazaba y trataba de cuidarse, pero que en la intimidad se tomaba esa media pastilla que te vuela de tu cuerpo o se hacía un corte profundo en el antebrazo al romper de un puñetazo una vitrina en un ataque de frustración o que se escondía por etapas de los demás porque se odiaba a sí misma y no podía ni mirarse.’

(Pág. 79-80)

Gabita es una adolescente inteligente, creativa, promiscua, con una fuerte personalidad y, al mismo tiempo, emocionalmente inestable. En varios momentos se da a entender que ha sufrido abusos, tanto en la infancia por parte del padre de una amiga, como en la adolescencia por algunos de los varones bastante más mayores que ella con los que mantenía relaciones.

Si bien en todo el texto se sabe que Gabita falleció, la causa no se revela hasta el penúltimo capítulo. El suicidio de Gabita es posiblemente el momento más visceral y doloroso de La Huella, y el que materializa las secuelas de todo lo anterior. El desencadenante del suicidio es un suceso relativamente banal: una decepción ante el gran amor adolescente. Sin embargo la causa real no es esa, sino una pérdida de control ante una tormenta emocional que desborda al personaje. Es más, se deja claro que Gabita no quería realmente morir: buscaba una evasión desesperada.

‘Gabita no quería morir, quería evadirse, evadirse como cuadernos enteros escritos hasta los márgenes, como coger con un desconocido interesante, evadirse como cocaína y ginebra en una fiesta electrónica. No sé de dónde sacó esa mierda, pero pudo ser clonazepam como cualquier otra cosa. La cuestión era volar, o dormir y soñar que quizá sea

lo mismo. ¿A cuánta gente conozco que pasó por algo parecido? Pero la dosis no es suficiente, o alguien sospecha y tira a tiempo la puerta a patadas y entonces ambulancia o carreras en taxi y lavado de estómago, y todo queda en un triste error, un traumático aviso de que algo anda mal, y una segunda oportunidad, y enfrentar la vida, y pasar los años y mirar atrás y pensar <menos mal que la dosis no fue suficiente, menos mal que alguien sospechó y tiró la puerta a patadas>. La pobre Gabita no tuvo esa suerte, la dosis dio de sobra, nadie entró a molestarla. En ese sentido me hace bien al espíritu pensar que no fue un suicidio, que a lo mejor fue un accidente.’

(Pág. 85)

7. Las cabras. El elemento fantástico.

Durante un año fui pastor de cabras en un pequeño pueblo de la Sierra Norte de Madrid. Teníamos en el rebaño tres cabras negras de raza murciano-granadina, dos de ellas sin cuernos, que se habían criado en otro pueblo encerradas en un pequeño patio y alimentadas a base de pienso. El resto de animales nunca las aceptaron como parte del rebaño y les pegaban continuamente. Estas tres cabras, además, al haberse criado a pienso, tenían problemas para adaptarse al pastoreo y a alimentarse como las demás. Por todo esto siempre que salíamos de careo las tres granadinas nos seguían tímidamente desde lejos. Durante un año tuve la imagen de aquellas tres cabras negras observándome desde atrás de un árbol, desde una colina o desde algún puente. Me hizo gracia la imagen sacada de contexto y me imaginé un relato donde esas tres cabras siguieran a una persona por pleno Madrid.

Más adelante, cuando se estaba forjando La Huella me pareció interesante introducir este elemento. En un determinado momento de su vida en Madrid aparecen las cabras, y en adelante le observan silenciosas y forman parte de su propio proceso personal. De esta manera lo que empezó como una especie de broma termina siendo un elemento simbólico en el arco narrativo del personaje, además de generar intriga o conflicto en el relato.

La primera aparición de las cabras se da cuando Teresa, la pareja de Sergio en Madrid, rompe con éste porque no es capaz de seguir sosteniendo sus problemas emocionales. Sergio nunca se expresa, ni siquiera menciona a Gabita, y las cabras aparecen casi como una materialización de su herida. A medida que el personaje va narrando su historia, aflojando la válvula por así decirlo, las cabras van muriendo.

Las escenas de las muertes de las cabras suelen ser consideradas como las más macabras de La Huella. Sin embargo cualquiera que haya trabajado en ganadería sabe que las situaciones que aparecen descritas son bastante cotidianas, siendo una vez más ese cambio de contexto lo que convierte a las cabras en elemento perturbador.

El punto de inflexión con las cabras se da justo al final del relato. Durante toda la historia Sergio es la única persona que ve a las cabras, y es fácil racionalizarlo todo como un producto de su imaginación. Pero en el último capítulo aparece una cabra dentro de la casa y Vero, la compañera de Sergio, puede verla y queda en shock. No hay una explicación para esto, simplemente me gustó el concepto porque precisamente rompe con cualquier intelectualización que el lector pueda estar tentado en hacer respecto a las cabras.

Eso sí, si bien esta inclusión de Vero en la visión de las cabras no está escrita con ánimo simbólico, creo que como todo puede tener varias lecturas. Mi apuesta es la siguiente: a medida que Sergio se involucra emocionalmente con ella la hace poco a poco partícipe de su propia carga y su mundo interno.

8. La sanación. El eterno verde de la llanura ganadera.

Viendo lo expuesto hasta aquí, bien podría parecer que La Huella es una sucesión de traumas y tragedias que quizás no conduzca a ninguna parte. Es cierto que hay mucho dolor en el relato y que es un texto visceral, pero está escrito con ánimo precisamente de purgar esa herida y construir algo diferente.

Es explícito en la medida que necesitaba expresar cosas muy importantes para mí, pero Sergio se mueve todo el tiempo entre esa negatividad y un inmenso amor por su familia y su generación.

‘Y siguen riendo y con fe, herencia de la actitud que les permitió sobrevivir, fe en las personas, fe en la política, fe en los barrios, en lo comunitario, en la solidaridad y, ¿quién sabe?, quizás fe en la revolución. Y frente a tanta fe acá estoy yo, con un vaso de caña y carácter agrio, rey del escepticismo, como parte de un legado que se desinfló pero aún así las ama. ¿Y cómo no amarlas? Si ellas siguieron amando después de pasar por la maquinaria industrial de odio y tortura, si ellas son la Vida.’

(Pág. 48)

Sergio tiene una sobrina (sobrina segunda, en realidad), Adela, de unos diez años. La ve crecer y sabe que la responsabilidad de su generación es la de legar algo distinto a la siguiente.

Toda esa herida, ese dolor, esa disfuncionalidad emocional que se ha venido narrando tiene que transformarse en otra cosa para aquéllas que vienen. Hay que heredar la memoria, la voluntad de cambio, pero si se sigue heredando el trauma durante más generaciones está claro que el terrorismo de Estado habrá cumplido con creces su infame cometido.

‘Adela me llama indignada para que sonría en un video que está filmando con el celular de su madre. A veces sólo es eso: reír, festejar, disfrutar de las pequeñas cosas, ser, no pensar, amar, construir, darle un sentido a todo el dolor, que no sea en vano. Tratar, quizás, de que sea otra la huella que hereden Adela y su generación. Una huella con menos dolor, con menos miedo, un poco más libre del delirio febril y colectivo en que se nos convirtió el mundo.’

(Pág. 91)

En la escena final del relato lo poético y lo violento se entremezclan en el mismo párrafo, muerte y sanación se dan la mano. Sergio está comenzando a rehacer su vida, a salir adelante, y cuando la última cabra aparece en la casa y asusta a Vero decide terminar con esa carga: le corta el cuello al animal con un cuchillo de cocina y entra en una suerte de catarsis mientras la sangre cubre su propio cuerpo desnudo, y así todo lo que vino representando el profundo dolor de dos generaciones se convierte, simple y llanamente, en amor por la vida.

‘...y la sangre cae por mi cuerpo desnudo, cae por mi cuerpo y es como Zotal en los gusanos de la herida, cae purificante y vuelvo a ser liviano, y soy amor, soy Adela jugando, caricias a Teresa, a Vero, las que siempre guardé para Sonia, y entonces formo parte de todo lo bello, comprendo todo lo bello, y soy esas viejitas divinas que luchan, y soy cada acto de ternura, cada subversión

cotidiana del odio y de la amargura, soy la mejor fotografía de papá, soy mamá llorando de felicidad en una fiesta de cumpleaños, soy Gabita que se quita una nariz de clown y me besa en los labios.

Y soy el verde, el eterno verde de la llanura ganadera.’

(Pág. 93-94)

Chilenos en el exilio.

**Enfrentado la patria: El rol de la literatura en las luchas de identidad de los refugiados
Chilenos de segunda generación.**

Carole Concha Bell*²

En 1973 el presidente socialista Salvador Allende, elegido democráticamente por el pueblo y radical en su visión de Chile, fue depuesto por la junta militar y sus partidarios perseguidos,

² Carole Concha Bell. Chilena e Inglesa. Estudiante de doctorado en [Kings Collage London](#) en departamento Spanish, Portuguese and Latin American studies (Languages and Literature cluster). Magister en Creative Writing Cambridge School of Arts, Anglia Ruskin. BA Honours en Economics & Politics en University of the West of England, Bristol. Periodista independiente para varios medios ([New Internationalist](#), [Tribune](#), [NACLA](#), [Jacobin](#)). En proceso de escribir una novela sobre el retorno. La novela obtuvo el premio [Mo Siewcharran 2019](#), Hachette.

acorralados y torturados o asesinados. Durante las décadas de 1970 y 1980, cuando el régimen se apoderó del país, se ha estimado que casi medio millón de chilenos fueron exiliados por el régimen Pinochetista. Las familias abandonaron Chile en circunstancias traumáticas, esperando regresar al fin de la dictadura, mientras otros eligieron permanecer en sus países de exilio. La mayoría de los refugiados eran sobrevivientes de tortura y persecución, testigos del asesinato de sus camaradas y la masacre de un sueño. La embestida del exilio chileno fue profundamente política y angustiante, aún más difícil por las luchas típicas que enfrentan los recién llegados en tierras extranjeras: aprender nuevos idiomas, aceptar trabajos mal pagados y enfrentar culturas muy diferentes a las suyas. Atrapados entre dos mundos, los hijos de exiliados nacidos en el exilio o que fueron sacados de Chile cuando eran niños, se convirtieron en los testigos reacios de los dolorosos procesos de adaptación de sus padres.

El Reino Unido dio la bienvenida a sólo de 3.000 exiliados chilenos (en comparación con más de 30.000 en Suecia), lo que se convirtió en una comunidad muy unida. Si bien estaban ubicados en todo el Reino Unido, las grandes ciudades como Birmingham, Edimburgo y Sheffield generaron fuertes comunidades chilenas a menudo apoyadas por simpatizantes como sindicatos y organizaciones humanitarias como los cuáqueros. Crecí en una de estas comunidades, primero en **Cambridge** y luego, cuando mis padres recibieron una beca de la World University Service (WUS), en **Birmingham**. La mayoría de mis amigos también eran hijos de exiliados chilenos y gran parte de mi infancia la pasé en eventos solidarios donde mis padres hicieron campaña incansablemente contra la dictadura. Sin embargo, llegué a resentir su insistencia en tratar de formarme como chilena. Mi propia supervivencia dependía de la asimilación de la cultura británica, y como muchos niños, simplemente quería ser una niña 'normal' inglesa.

Me identifiqué como británica y ese sentimiento se hizo cada vez más fuerte a medida que me convertí en adolescente. No entendía por qué mis padres estaban tan decididos a mantener su identidad cultural o luchar por un país a miles de kilómetros de distancia, perdido en el tiempo

Enfrentando a la Patria

En 1990 yo tenía 15 años y vivía en Londres con mi padre. En ese instante él trabajaba como coordinador de la ONG chilena de exiliados Chile Democrático con sede en Old Street, al norte de Londres, y como resultado, tenía acceso a novedades de Chile. Me aseguró que el dictador caería y que finalmente nos "volveríamos a casa". Pero yo ya estaba en casa y **Chile era una sombra negra que coloreaba mi diario vivir con incertidumbre y miedo.** Junot Díaz, el escritor dominicano

estadounidense, habló sobre esta sombra que se cernía sobre su infancia en una entrevista: "Desde el momento en que pude recordar, me quedó muy claro que iba a ir a los Estados Unidos", dice. Ya existía la sombra de los Estados Unidos sobre todas nuestras vidas. Había una sensación de que el mundo que estábamos habitando, la gente que nosotros estaba conectada, el barrio que era más o menos todo mi universo, que todas estas cosas pronto desaparecerían".

A partir de 1989 las cosas cambiaron rápidamente en Chile, la máquina de fax de Chile Democrático produjo incansablemente listas de personas a las que se les permitió regresar. Finalmente, después de 14 años de estar en la lista negra, a 450.000 chilenos que viven en el exilio político en todo el mundo se les permitió regresar a Chile (Artigas, 2006). Hice todo lo posible para desviar esas conversaciones incómodas sobre "regresar". Londres era mi hogar, no ese infierno caliente y polvoriento que me representaba la muerte, la persecución y el rechazo. Todo lo que quería hacer era prepararme para mis próximos exámenes y no pensar en Chile. Por desgracia, nunca iba a tomarlos. Poco después de mi cumpleaños número 16 en agosto de 1990, mi padre llegó a casa lleno de emoción, su hermoso rostro radiante. Finalmente había sucedido. Estábamos fuera de la lista negra y ahora estamos libres de regresar.

Mis pequeños actos de rebelión, como huir a la casa de una amiga durante tres días y esconderme en un cobertizo, hicieron poco para afectar lo inevitable. El 26 de octubre de 1990 abordamos un avión de Avianca hacia Caracas y luego hacia Santiago. Aterrizamos en Santiago y vivimos en Peñalolén con mis tíos y primos al lado de la Villa Grimaldi durante unos meses hasta que mi padre alquiló un piso en la sureña ciudad de Chillán, de donde era originario. Chillán es una pequeña ciudad rural conservadora que, sin que yo lo sepa, estaba socialmente segregada y todavía se tambaleaba por los efectos del régimen.

El shock de ser trasplantada de la metrópoli multicultural que es Londres a este pequeño interior donde toros y caballos deambulaban por las calles, fue inmenso. Mi padre se adaptó rápidamente, volviendo a quién era antes de su exilio forzado en el Reino Unido. Tomó una nueva esposa y comenzó una nueva familia. Yo, por otro lado, comencé a marchitarme como una planta arrancada. Hice amigos, pero no pude ajustarme a las anticuadas normas culturales de Chile. También había problemas estructurales, como la escolarización y el idioma. Me aferré furiosamente a mi identidad británica, negándome a aprender español y/o a participar en normas, rompiendo las reglas en cada oportunidad. Finalmente encontré mi tribu, compuesta principalmente por otros niños exiliados de Francia, Bélgica, Suecia, Canadá y Suiza. Estábamos unidos en nuestra alienación de la sociedad chilena y orgullosos de nuestro estatus de bichos raros. Chile se había olvidado de nosotros, y los retornados éramos una espina en su costado: un recordatorio de que se había producido un exilio

muy brutal. Chile quería avanzar desde el pasado, pero sin abordar esos oscuros temas del pasado ni reconocer en absoluto nuestra existencia.

La orden era adaptar y callar; Cállate sobre Europa, deja de usar esa ropa, deja de escuchar esa música. Lo que no comprendimos fue que la maquinaria de propaganda de la dictadura había fabricado el concepto de un "exilio dorado" durante el régimen. La afirmación era que el exilio chileno era un privilegio, aunque huíamos de uno de los regímenes más atroces de América Latina. (Wright y Zúñiga, 2007:63). Y si bien esta noción de "exilio dorado" se originó a partir de elementos de derecha, proliferan en toda la sociedad chilena, incluyendo en los círculos de la izquierda que se sintieron abandonados por nosotros. Con mis amigos hijos del exilio debatimos largo y tendido nuestro estatus legal. ¿Éramos realmente exiliados si nació en el extranjero? ¿No fue este "retorno" forzado una especie de exilio? ¿No se nos estaba imponiendo esta nueva identidad chilena? Eventualmente, después de unos arduos años de confusión y rechazo, la mayoría de nosotros nos viramos de Chile devuelta a los países del exilio de nuestros padres.

Fui uno de los últimos en irme, aguantando solo seis años en Chile. Me demoré 18 meses en juntar dinero para mi regreso a UK enseñando inglés a las mimadas clases altas de Santiago que solicitaron mis servicios debido a mi exquisito acento británico. Volví al Reino Unido en 1997, solo e incluso más confundido que cuando me había ido cuando era adolescente.

Exilio de segunda generación

En 2019, decidí examinar el tema del exilio y la identidad embarcandome en una maestría en Escritura Creativa en Cambridge. Una vez que aprendí sobre los diversos recursos literarios que existen, la ficción en todas sus formas se destacó como el vehículo que me permitiría comenzar el proceso de interpretación de mis experiencias como hija de refugiados en Chile. En contraste con la escritura desde una perspectiva académica, la ficción, ya sea a través de una novela, cuentos o una novela larga en toda regla, permite la libertad artística para incorporar experiencias personales que se prohíben expresar en un país como Chile donde la narrativa oficial es el olvido Y no hay espacio para este tipo de expresión. Me devoré libros de autores exiliados chilenos como **Roberto Bolaño y Ariel Dorfman**, sin embargo, aunque estaba hipnotizado por la escritura y me identificaba con gran parte de las descripciones viscerales del desarraigo, no sentí que encapsularon mi experiencia como hija de exiliados. Estos eran escritores de primera generación que, como mis padres, habían vivido un exilio doloroso pero poseían algo que yo no tenía: un fuerte sentido de identidad, porque habían perdido su patria, algo que yo nunca obtendría siendo hija bastarda de la dictadura y el rechazo,

demasiado británica para ser chilena, demasiado chilena para ser totalmente británico. Me di cuenta de que era necesario hacer una distinción entre la generación de los expulsados de Chile como exiliados e identificados como tales, frente a aquellos de nosotros nacidos o criados en países "anfitriones" y que nos identificamos con sus culturas.

Mientras buscaba textos académicos sobre la producción literaria de los chilenos de segunda generación, me topé con el término "generación bisagra" y "doble exilio" o "contradiáspide". (King y Christow 2009;3). Aún así, me costó encontrar autores que discuten específicamente el tema del retorno chileno de segunda generación y aún más para encontrar novelas escritas por retornados híbridos. Era hora de finalmente estar a la altura del desafío de escribir el texto que anhelaba leer a pesar del dolor de tener que revivir recuerdos desagradables.

Descubrir la novela ganadora del Premio Pulitzer de Junot Díaz, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* fue una revelación. Me vi reflejada en esta historia de exilio político y luchas de identidad que Díaz transmitía hábilmente, cómo la dictadura y el exilio impactan en las familias. Después de leer y analizar su contenido me sentí lo suficientemente validada para comenzar a planificar y escribir mi novela. El arte involucrado en la construcción de estas experiencias utilizando la ficción como un dispositivo actuó como un amortiguador, lo que me permitió separarme y recordar a Chile de la década de 1990 como observadora. Los capítulos comenzaron a fluir, aunque a veces atrofiados por las minucias de las tareas cotidianas y las típicas dudas que sufren la mayoría de los escritores.

En su blog Isabel Allende habla de cómo escribir ficción le ayudó a superar el trauma del exilio: "Llevó muchos años superando el trauma del exilio. Sin embargo, tuve suerte. Encontré algo que me salvó de la desesperación. Encontré literatura. Francamente, creo que no me habría convertido en escritora chilena si no me hubiera visto obligada a dejar todo atrás y empezar de nuevo. Sin el golpe militar me hubiera quedado en Chile. Seguiría siendo periodista y probablemente feliz. En el exilio, la literatura me dio voz. Rescató mis recuerdos de la maldición del olvido. Me permitió crear un universo propio".

El Retorno fue un período extraño: un regreso a casa para algunos, un exilio dentro de un exilio para otros. En este caso, el uso de la novela sobre la interpretación académica cumple muchas funciones. Permite a los escritores documentar su experiencia de este punto particular de la historia y, a su vez, nos permite forjar una identidad única separada de la de nuestros padres y abuelos, que tiene sus propias características y capas de dolor. Documentar nuestra perspectiva sobre este evento nos da una voz para contar nuestras historias y reclamar nuestras complejas identidades como actores en este capítulo de la historia chilena.

Bibliografía

Allende, Isabel 2008, *Life in exile*.

Disponible en https://www.isabelallende.com/en/musings#life_in_exile

Diaz, Junot 2007, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (Croydon: CPI Bookmarque)

King, R., & Christow, A. 2009. *Geografías culturales de la diáspora, la migración y el transnacionalismo. Perspectivas del estudio de los "retornados" de segunda generación* (Universidad de Sussex: Centro de Investigación sobre Migración de Sussex).

Wright, T.C., & Zúñiga, R. O. 2007. *Exilio político chileno*. En *Perspectivas latinoamericanas*, Número 155, Vol. 34, No. 2, pp. 31 - 49.

Wright T.C., Oñate R. 2005. *Diáspora chilena*. En: Ember M., Ember C.R., Skoggard I. (eds) *Enciclopedia de las Diásporas* (Boston: Springer)

VERSIÓN EN INGLÉS

Confronting the homelands: The role of literature in second generation refugee identity struggles.

Carole Concha Bell

In 1973 Socialist President Salvador Allende, democratically elected by the people and radical in his vision for Chile, was deposed by the military junta and his supporters hunted down, rounded up, and tortured or killed. During the 1970s and 1980s as the regime took hold of the country, it has been estimated that nearly half a million Chileans were exiled following the military coup. The families left Chile under traumatic circumstances, some vowing to return as soon as the dictatorship was over, others choosing to remain in their countries of exile. Most of the refugees were survivors of torture and persecution, and witness to the murder of their comrades and the massacre of a dream.

The onslaught of Chilean exile was profoundly political and distressing, made all the more

difficult by the typical struggles faced by newcomers in foreign lands: learning new languages, taking poorly paid jobs and confronting cultures vastly different from their own. Caught between two worlds, the children of exiles either born in exile or leaving Chile as children, became the reluctant witnesses of their parents' painful adjustment processes.

The UK welcomed no more than 3,000 Chilean exiles (in comparison to over 100,000 in Sweden) making it a tight knit community. While they were located across the UK, big cities such as Birmingham, Edinburgh and Sheffield spawned strong Chilean communities often supported by sympathisers such as trade unions and humanitarian organisations like the Quakers. I grew up in one of these communities, first in Cambridge and then, when my parents received a World University Scholarship, in Birmingham. Most of my friends were also the children of Chilean exiles and much of my childhood was spent at solidarity events where my parents tirelessly campaigned against the dictatorship. However, I came to resent their insistence on trying to form me as a Chilean. My very survival depended on assimilating British culture, and like many children, I simply wanted to blend in. I identified as British and that feeling grew ever stronger as I became a teenager. I did not understand why my parents were so determined to maintain their cultural identity or fight for a country thousands of miles away, lost in time.

Confronting the Homeland

In 1990 I was 15 and living in London with my father. He was the coordinator for Chilean Exile NGO Chile Democratico based in Old Street, North London, and as a result, privy to much information. He assured me that the dictator would fall, and we would finally 'go home'. Junot Diaz the Dominican American writer once spoke about this shadow that loomed over his childhood in an interview:

“From the moment I could remember, it was made very clear to me that I was going to the United States,” he says. “There was already the shadow of the United States over all of our lives. There was a sense that the world that we were inhabiting, the people that we were connected to, the neighbourhood that was more or less my entire universe, that all of these things would soon vanish.”

From 1988 things changed quickly in Chile, the fax machine at Chile Democratico tirelessly churned out lists of people allowed to return. Finally, after 13 years of being blacklisted, 450,000 Chileans living in political exile across the globe were permitted to return to Chile (Artigas, 2006).

I did my best to swerve those uncomfortable conversations about 'returning'. London was

my home, not that hot, dusty hell that represented death, persecution, and rejection. All I wanted to do was prepare for my upcoming exams and not think about Chile. Alas, I was never to take them. Shortly after my 16th birthday my father came home bursting with excitement, his handsome face beaming. It had finally happened. We were off the blacklist and now free to return. My tiny acts of rebellion such as running away to Wolverhampton for three days and hiding in a shed, did little to affect the inevitable. On 26 October 1990 we boarded an Avianca Plane toward Caracas and then Santiago bound.

We landed in Santiago and lived there for a few months until my father rented a flat in the Southern city of Chillan, where he was from. Chillan is a small conservative rural city that, unbeknown to me, was socially segregated and still reeling from the effects of the regime. The shock of being transplanted from the multicultural metropolis that is London to this small outback where bulls and horses roamed the streets, was immense.

My father adjusted quickly, reverting to whoever he was before his enforced exile in the UK. He took a new wife and started a new family. I on the other hand began to wilt like an uprooted plant. I made friends but could not adjust to Chile's antiquated cultural norms. There were structural issues too, like schooling and the language. I furiously clung to my British identity, refusing to learn Spanish and or to engage in norms, breaking rules at every opportunity.

I eventually found my tribe, composed mainly of other exile kids from France, Belgium, Sweden, Canada, and Switzerland. We were united in our alienation from Chilean society and proud of our misfit status. Chile had forgotten us, and we returnees were a thorn in its side: a reminder that a very brutal exile had taken place. Chile wanted to move forward from the past but without addressing those dark issues of the past or acknowledging our existence at all. The order was to blend in and shut up. Shut up about Europe, stop wearing those clothes, stop listening to that music.

What we did not grasp was that the dictatorship propaganda machine had manufactured the concept of a 'golden exile' during the regime. The claim was that Chilean exile was a privilege, pitting incoming returnees against our compatriots that had lived through one of the most heinous regimes in Latin America. (Wright and Zuniga, 2007:63). And while this notion of 'golden exile' originated from right wing elements, it proliferated across Chilean society, including those on the left who felt abandoned by us.

At parties we debated our legal status at length. Were we really exiles if born abroad? Was this forced 'return' not a sort of exile? Was this new Chilean identity not being imposed

upon us?

Eventually most of us left Chile. I was one of the last to leave, hanging on for six years.

Eventually I made enough money through teaching English to the pampered upper classes of Santiago who requested my services because of my exquisite British accent. I arrived back in the UK in 1997, alone and even more confused than when I had left as a teenager.

Making sense of identity: first v second generation exile

In 2019, I decided to examine the theme of exile and identity by embarking on a Creative Writing MA. Once I had learned about the varying literary devices that exist, fiction in all its forms stood out as the vehicle that would enable me to begin the process of interpreting my experiences. In contrast to writing from an academic perspective, fiction, whether it be via a novel, short stories or a full blown longform novel, gives writers the artistic freedom to incorporate not personal experiences, but that of others observed. In preparation I devoured books by Chilean exile authors such as Roberto Bolaño and Ariel Dorfman, yet while I was mesmerised by the writing and identified with much of the visceral descriptions of uprootedness, I did not feel they encapsulated my experience as the daughter of exiles. These were first generation writers who, like my parents, had lived through a painful exile and possessed something I did not: a strong sense of identity, for they had lost their homeland whereas I had never known mine. And I would never know mine because I did not have one, being the bastard child of dictatorship and rejection, too British to be Chilean. Too Chilean to be fully British. It dawned on me that a distinction needed to be made between the generation of those expelled from Chile as exiles and identified as such, versus those of us born or bred in ‘host’ countries and who identified with their cultures.

I decided to write my Masters dissertation on the theme of second-generation exile in fiction and while searching for academic texts on the literary output of second-generation Chileans. I stumbled upon the term ‘hinge generation’ and ‘double exile’ or ‘counter diaspora.’ (King and Christow 2009;3). Still, I struggled to find authors specifically discussing the topic of second generation Chilean retorno and struggled even harder to find any novels written by hybrid retornados. It was time to finally rise to the challenge of writing the text I longed to read despite the pain of having to relive unpleasant memories.

Discovering Junot Diaz' Pulitzer Prize winning novel *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* turned me upside down. I saw myself reflected in this tale of political exile and identity struggles as Diaz skilfully conveyed how dictatorship and exile impacts upon families. After reading and analysing its contents I felt validated enough to begin planning and writing my novel. The artistry involved in the construction of these experiences using fiction as a device acted as a buffer, enabling me to detach myself and recall 1990s Chile as an observer. Chapters began to flow, though sometimes stunted by the minutiae of everyday tasks and the typical doubts most writers suffer.

In her blog Isabel Allende speaks of how writing fiction helped her overcome the trauma of exile:

“It took me many years to get over the trauma of exile. I was lucky, though. I found something that saved me from despair. I found literature. Frankly, I think I would have not become a writer if I had not been forced to leave everything behind and start anew. Without the military coup I would have remained in Chile. I would still be a journalist and probably a happy one. In exile, literature gave me a voice. It rescued my memories from the curse of oblivion. It enabled me to create a universe of my own.”

El Retorno was a strange period: a homecoming for some, an exile within an exile for others. In this case, the use of stories over academic interpretation fulfils many functions. It enables writers to document their experience of this particular point in history, and in turn carve out a unique identity separate from that of our parents and grandparents, that has its own characteristics and layers of pain. Documenting our perspective on this event gives us a voice to tell our stories and claim back our complex identities as players in this chapter of Chilean history.

References

Allende, Isabel *Life in exile*
https://www.isabelallende.com/en/musings#life_in_exile

Diaz, Junot. 2008 (2007). *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*, (Croydon: CPI Bookmarque)

King, R., & Christow, A. 2009. *Cultural Geographies of Diaspora, Migration and Transnationalism. Perspectives from the Study of Second-Generation 'Returnees'* (University of Sussex: Sussex Centre for Migration Research).

Wright, T. C., & Zúñiga, R. O. 2007. *Chilean Political Exile*. In: *Latin American Perspectives*, Issue 155, Vol. 34, No. 2, pp. 31 – 49.

Wright T.C., Oñate R. 2005. *Chilean Diaspora*. In: Ember M., Ember C.R., Skoggard I. (eds) *Encyclopaedia of Diasporas*, (Boston: Springer)